

el cual, habiendo sido atormentado larguísimo tiempo por la confesion del Señor, recibió al fin la corona del martirio por medio de la degollacion.

En Ausburgo, santa Hilaria, madre de santa Afra, mártir, que, velando junto al sepulcro de esta, fué entregada al fuego en el mismo lugar, por la fe de Jesucristo, con sus criadas Digna, Euprepia y Eunomia.

En dicha ciudad y en el mismo dia, fueron tambien martirizados san Quiriaco, san Largio, san Crescencio, santa Ninga, santa Juliana y otros veinte.

En Siria, san Macario y san Julian, mártires.

En Nicomedia, san Aniceto, conde, y su hermano san Potino, mártires con otros muchos, bajo el emperador Diocleciano.

En Falerio en Toscana, el suplicio de san Graciliano y de santa Felicísima, virgen, á quienes machucaron primero las quijadas con piedras por la confesion de Jesucristo, y luego les cortaron la cabeza, alcanzando así la corona tan ansiada del martirio.

En el mismo dia, san Porcario, abad del monasterio de Lerins, y quinientos monjes inmolados por los bárbaros en odio de la fe católica; alcanzando así la corona del martirio por que tanto suspiraban.

En Milan, la muerte de san Eusebio, obispo y confesor.

En Bresa, san Herculano, obispo.

En Verno, cerca de Melun, los santos mártires Felix y Felicísimo.

En Remiremont, la bienaventurada Cecilia, abadesa.

En el monte llamado Santa Valburga, cerca de Colonia, la venerable Udevolta, virgen, del orden Cisterciense.

Entre los Griegos, los santos mártires Pámfilo y

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut, sicut de beata Clara virginis tue festivitate gaudemus, ita pie devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

Oyenos, Señor y Salvador nuestro; y haz que la alegría que sentimos en la festividad de tu bienaventurada virgen santa Clara, sea acompañada de los afectos de una verdadera devocion. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Prates. Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiae meae, sed et supportate me: Emulor enim vos Dei emulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloriase en el Señor. Porque el que se alaba así mismo, no es el que está acrisolado, sino aquel á quien Dios alaba. Ojalá sufriéreis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo, por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta virgen á un solo hombre, á Cristo

NOTA.

«Habiendo entendido san Pablo, por relacion de Tito, su amado discípulo, que algunos falsos apóstoles, venidos entre los judíos, procuraban desacreditarle en Corinto, para deshacer todo lo bueno que habia hecho en aquella ciudad, se consideró obligado á volver por sí y hacer su apología en esta segunda epístola. Pinta lo que son aquellos falsos doctores, y

se ve precisado para justificarse á hablar de sí mismo con alguna estimacion; pero en el modo con que lo hace, manifiesta bien lo mucho que esto costaba á su humildad y á su modestia. »

REFLEXIONES.

*No es estimado aquel que se alaba á sí mismo. No hay cosa mas despreciable, ni realmente mas despreciada, que un hombre orgulloso. Pocas pasiones hay mas locas. No puede uno vivir tan satisfecho de sí mismo, ni tan prendado de su imaginario mérito, sin una visible falta de virtud y aun de entendimiento, y sin algun desórden en el juicio. El que imprudentemente se alaba, por el mismo hecho se desacredita; á todo hombre de juicio sentado se le hace insufrible esta necia vanidad. Puede alguna vez importar mucho el que se sepa que un grande te escribe; que un hombre sabio es amigo tuyo; que otro de distincion te estima; pero siempre es cosa ridicula que esto se sepa por tí. Este hipo de alabarse á sí propio, no solo es siempre pueril, sino clara señal de poca cabeza; descúbrese no sé qué especie de parvulez y de imbecilidad en alabarse uno tan groseramente. *Dicentes se esse sapientes*, dice el Apóstol, Rom. 1, *stulti facti sunt*. Por eso, quiso el Señor que el orgulloso encontrase el castigo en el orgullo mismo. Pretende ser estimado, y por lo mismo se hace despreciable. Pero al contrario, un bajo concepto de sí, un eterno silencio sobre todo lo que puede granjearte estimacion, son pruebas relevantes de un verdadero mérito, y ceden en mucho honor del que las posee. Ciertamente no hay pasion mas contraria al fin que se propone, y aun á aquel mismo bien imaginario con que nos lisonjea, que el orgullo; porque al fin intenta sobresalir, brillar, descollar sobre los demás. ¡Esfuerzos vanos,*

frivolos proyectos! El orgulloso busca en todo la distincion, y en todo encuentra la confusion y el desprecio. Fatigase por dar una alta idea de su persona, y solo consigue hacerse la fábula de toda la ciudad y la risa de la gente de bien. Pero si á lo menos escarmantara en cabeza propia, habria algun logro; pero no hay que esperar. El orgullo ciego; bien puede verse pisado, pero domado nunca se verá. Los oficios de mayor abatimiento le irritan, mas no le curan. ¡Cosa extraña! no hay en el hombre vicio que tenga menos fundamento, y no le hay que eche mas profundas raices. ¿Quién puede entrar dentro de sí mismo sin encontrar mil cosas que le humillen? Y entre tantos motivos de humillacion, ¿se eleva el engrimiento? Verdaderamente que nada nos debe humillar mas que nuestro orgullo.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ, accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron to-

lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè vero veniunt, et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

das aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que le venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarle, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

DEL CORTO NUMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay pocas verdades en el cristianismo mas claras y mas sólidamente establecidas que esta: *Entrad por la puerta angosta*, nos dice el Hijo de Dios, *porque la que conduce á la perdicion es ancha y espaciosa, y es grande el número de los que entran por ella; pero la que conduce á la vida es estrecha, y poco entran por esta puerta. Pauci sunt qui inveniunt eam*. En otra parte dice: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos. *Pauci verò electi*. Lo mismo y en los propios términos lo vuelve á repetir otra vez. Como

el Salvador repetía tantas veces á sus discipulos esta terrible verdad, le hicieron en una ocasion esta pregunta: *Señor, ¿y es posible que sea tan corto el número de los que se salvan?* El Hijo de Dios por no aterrar demasiado á los que le preguntaban y á los que le oían, eludió la pregunta y se contentó con darles esta respuesta: *Hijos míos, la puerta del cielo es estrecha; haced esfuerzos para entrar por ella*. Toda la Escritura está llena de figuras, pruebas y ejemplos de esta espantosa verdad; y basta un buen entendimiento para convencernos de este corto número. No hay mas que un camino para el cielo, porque no hay mas que un Evangelio; pero ¿son muchos los que van por este camino? ¿son muchos los que siguen las máximas de este Evangelio? ¿qué concepto formaríamos de la verdad y de la santidad de nuestra religion si, despues de todo lo que Jesucristo nos dijo, despues de todo lo que hicieron los santos, fuera muy grande el número de los escogidos? pero ¿seré yo de este corto número? Eso se ha de juzgar por la conformidad de nuestra vida con las máximas del Evangelio que seguimos tan mal. ¡Cosa extraña! Corre la voz de que se ha perdido una nave. ¡Cuántos se asustan! ¡cuántos se sobresaltan! Aunque haya diez mil naves en el mar, la noticia de que una sola naufragó, hace entrar en cuidado á todos los negociantes. ¡Pues qué! sabemos que de todos los que actualmente viven en el mundo muy pocos arribarán al puerto de la salvacion eterna, y que la mayor parte naufragará miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser del número de estos infelices? Fúndase la seguridad en que no se tiene una vida totalmente perdida y estragada. Las vírgenes necias la tenían muy pura, y con todo eso fueron reprobadas. El siervo perezoso no había hurtado los bienes ajenos; pero no había negociado con los propios, y fué arrojado

á las tinieblas exteriores. Ciertamente, aunque no tuviéramos otro motivo para temer que esta fatal seguridad, esta perniciosa insensibilidad con que vivimos; ¿no seria muy sobrado para hacernos temblar y estremecer sobre nuestra futura suerte?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, para salvarse, hay preceptos que obedecer, reglas que observar, y máximas que seguir. Para salvarse, es menester domar las pasiones, hacer violencia al natural, resistir á la inclinacion, y tener una vida pura y mortificada. Los fariseos eran unos hombres de un exterior muy compuesto y arreglado: su proceder parecia irreprochable; hacian larga oracion y ayunaban mucho. Con todo eso, segun el oráculo del mismo Jesucristo, si nosotros no observamos la ley mas exactamente que ellos; si nuestra virtud no es mas sólida y mas perfecta que la suya, jamás entraremos en el cielo. Mucho es, á la verdad, el no vengarse, todavia es mucho mas perdonar las injurias; con todo eso, para salvarse, es menester hacer alguna cosa mas perfecta y mas heróica; porque es preciso amar á los mismos que nos persiguen, aun á aquellos mismos que nos maltratan. No basta condenar las malas obras; es menester mirar con horror hasta los malos pensamientos. No solo no es lícito retener los bienes ajenos, es preciso socorrer á los pobres con los propios, y renunciar con el afecto ó con el efecto lo que se posee por amor de Jesucristo. Es preciso vivir inocente ó penitente; y si no, esperar sin remedio la condenacion eterna. Ningun cristiano se puede dispensar de la cristiana humildad; su modestia ha de ser enemiga de todo fausto. No basta haber abrazado el estado religioso; para salvarse, se ha de vivir necesariamente segun su espi-

ritu, guardar sus constituciones y observar sus reglas. Infiere de todos estos principios si serán muchos los que se salvan: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas; y al prójimo como á tí mismo.* Este es el primero y el mayor de los mandamientos, basa y fundamento de todos los demás. ¿Hallaránse hoy muchos cristianos aun entre aquellos que hacen profesion de virtud, que guarden verdaderamente este precepto? Un solo pecado mortal nos arrebatara en un momento todo el mérito de la mas santa vida. ¿Son muchos los que viven hoy con inocencia? Ninguno hay que pueda estar seguro de su penitencia. Pues vuelve otra vez á inferir si serán muchos los que se salvan. La gracia final, que es la que propiamente constituye los escogidos, es un don gratuito que nunca podemos merecer. Esta gracia decisiva de nuestra eterna suerte, ¿se franqueará con frecuencia en la postrera hora á los que apenas acertaron á obedecer á Dios en toda su vida? ¿y puedo yo prometérmela prudentemente considerando el desórden de la mia?

Todo me aterra, gran Dios, todo me espanta; mas ni por eso es capaz de disminuir un punto la confianza que tengo en vuestra infinita misericordia. Estas mismas reflexiones que ahora hago por vuestra divina gracia, son pruebas concluyentes del deseo que teneis de mi eterna salvacion. Voy á trabajar seriamente en ella, mediante vuestro poderoso auxilio; y por corto que sea el número de los que se salvan, confío, mi Dios, que no he de ser excluido de él.

JACULATORIAS.

Tuus sum ego, salvum me fac. Salm. 118.

Tuyo soy, Dios mio, sálvame.

Ne projicias me à facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Salm. 50.

No me arrojes, Señor, de tu presencia, ni se aparte jamás de mí tu santa gracia.

PROPOSITOS.

1. Pocos se salvarán, y es preciso que así sea. Con efecto, si con tales leyes y con tales máximas nos dejara nuestra religion grandes esperanzas de salvarnos, haciendo lo contrario de lo que ella manda, y viviéndose como ordinariamente se vive, ¿qué concepto haríamos de ella? ¿no se reduciría entonces á una pura ceremonia? Pero, gracias á Dios, la primera que condena esta oposicion enorme, es nuestra misma religion. Reprueba la monstruosa desemejanza que se encuentra entre sus máximas y nuestras costumbres; condena ese universal desórden, y aunque sea tan crecido el número de los cristianos cobardes y relajados, no justificará su cobardía ni su relajacion. Corto es el número de los ajustados y de los buenos; procura ser de este número. La muchedumbre se pierde; pues guárdate de mezclarte con la muchedumbre. Aunque toda tu comunidad, aunque todos tus amigos se dispensen en la observancia de las mas santas reglas; aunque fueses tú solo el que las observases, no deliberes un punto en distinguirte de los demás por esta religiosa puntualidad. Tendránte por un impertinente reformador, por un mudo censor de su inobservancia; no importa; déjalos decir; sé fiel y diles con resolucion que, por mucho que se haga por la salvacion, nunca será demasiado.

2. Has de ser sumamente exacto en el cumplimiento de las mas mínimas obligaciones y de las observancias comunes; pero no te has de contentar con ellas solas. Aun en las comunidades mas observantes siempre es corto el número de los fervorosos; aspira al

mismo fervor, é imponte una ley de que te cuenten entre ellos; sin olvidarte de las mas esenciales, practica con perseverancia las de supererogacion. Freuenta los sacramentos; confiéstate muy á menudo, y aliméntate con el pan de los fuertes en esta vida enemiga; conserva inalterablemente la gracia; ten una extrema delicadeza de conciencia; cumple con puntualidad todos los deberes de tu estado; no te descuides en el ejercicio de las buenas obras. Haz limosna, sean todas tus oraciones acompañadas de espíritu y de devocion; profésasela muy tierna y muy afectuosa á la santísima Virgen, persuadido á que esta devocion es una de las señales menos equivocadas de predestinacion. Visita con mucha frecuencia al Santísimo Sacramento, y pon en él toda tu confianza. No hay condicion, no hay estado, en que no se puedan hacer todos estos ejercicios; y ellos son un medio muy seguro para ser contado en el corto número de los que se salvan.

DIA TRECE.

SANTA RADEGUNDIS, REINA DE FRANCIA.

Santa Radegundis, mucho mas ilustre por el mérito de santa, que por el título de reina de Francia, fué hija de Bertario, rey de Turingia, y nació al principio del sexto siglo. Estando para morir su abuelo Basin, rey de Turingia, dejó repartidos sus estados entre sus tres hijos, Baderico, Hermenfrido y Bertario. Casó Hermenfrido con Amalberga, sobrina de Teodorico, rey de los Godos en Italia, princesa llena de ambicion y de crueldad, la cual, deseosa